



Harapos y tatuajes

Autor:
Glantz, Margo

Revista
Mora

2001, N° 7, pp. 114-126



Artículo





Harapos y tatuajes

Margo Glantz*

Una de las lecciones de Auschwitz, afirma Giorgio Agamben en su libro *Lo que queda de Auschwitz*, consiste en comprender que es mucho más arduo entender el espíritu de un hombre ordinario que el de Spinoza o el de Dante - y en este sentido debe entenderse también la afirmación de Hannah Arendt, tan a menudo incomprendida, acerca de la "banalidad del mal".¹

Tomo al pie de la letra esta afirmación de Agamben, y trato de partir de cero, es decir, reviso, en su más flagrante literalidad, la narración que de Auschwitz han hecho sus testigos; utilizo un breve corpus, ciertos textos que me parecen muy significativos, y de nuevo uso esta palabra en su sentido más literal: son significativos porque nos proporcionan los signos más concretos de la vida cotidiana de quienes habitaron el campo, unos personajes oscuros -oscuros porque invisibles, reitera Agamben- que día a día iban sumergiéndose en "una zona gris", como la describe Primo Levi, esa zona gris construida tanto por los verdugos como por sus víctimas, zona gris tan difusa y a la vez tan efectiva que puso en marcha dentro del campo de concentración la producción de no-hombres, conocidos en la jerga concentracionaria como "musulmanes"; además, y la fabricación en serie de cadáveres, frase acuñada por Heidegger, es decir, la fábrica de la muerte cuyo territorio fue el campo de exterminio, las cámaras de gas y los hornos crematorios.

Y trabajo los signos en su más íntima precariedad, en su carácter de restos pero también de desperdicios porque a ella fueron sometidos los prisioneros, con el objetivo preestablecido de privarlos de su humanidad, deshumanización trabajada con método, constancia y planificación. Uno de los más importantes testigos del exterminio, Primo Levi dice en su último libro *Los hundidos y los salvados*:

Hay que recordar que el sistema concentracionario... tenía como finalidad principal destruir la capacidad de resistencia de los adversarios: para la dirección del campo, el recién llegado era un adversario por definición, fuera cual fuese la etiqueta que tuviera adjudicada, y debía ser abatido pronto, antes de que se convirtiese en ejemplo o en germen de resistencia organizada (Levi, 1987b, pág. 34).

Podría decirse, si no fuera excesivo, que después de leer los testimonios de los supervivientes -y elijo esta palabra que significa a la vez sobreviviente y testigo- puede advertirse cierta monotonía al leer los relatos de los judíos que fueron conducidos a los campos: el insostenible e impostergable viaje en tren, ocupando vagones atestados y sin ninguna comodidad, destinados a transportar ganado; las condiciones extremas de calor, frío, hambre y sed en que se encontraban los allí reunidos; la

¹ Giorgio Agamben, *Ce qui reste d'Auschwitz*, Paris, Payot et Rivages, 1999, pág.

12. Salvo indicación en contrario, todas las traducciones son mías.

* Escritora y ensayista mexicana. Docente e investigadora de la UNAM.

unánime aparición de un sentimiento de vergüenza -de pudor-, cuando las necesidades cotidianas tenían que cumplirse en condiciones lamentables "sólo había un cubo higiénico en un rincón, cuenta Sonia Wassersztum -sobreviviente nacida en Polonia y llegada al campo en abril de 44-, y durante dos días y dos noches del viaje no hice ni pipí: me sentía tan avergonzada...(Rozenberg, p. 112)". Es evidente que este sentimiento de pudor se agrava en las mujeres, pues la exhibición de las partes pudendas, sobre todo de las femeninas, es vivida como una violación.

La llegada al campo, las órdenes gritadas en alemán, lengua muchas veces incomprensible para los "viajeros", los culatazos, la separación en dos filas, la de los hombres y la de las mujeres, la primera selección, la de quienes iban a los hornos -los viejos, las mujeres y los niños y muchos hombres sanos elegidos al azar- y los que iban a los campos, después de que sus equipajes fueran confiscados, se cumpliesen a contracorriente las despedidas finales y se cancelara definitivamente la idea de familia; y luego, otro "siniestro ritual" que sólo vivían los "salvados", este ritual resumido así por Primo Levi:

... distinto de un Lager a otro, pero el mismo en esencia, que acompañaba el ingreso; las patadas y los puñetazos inmediatos, muchas veces en pleno rostro, la orgía de las órdenes gritadas con cólera real o fingida, el desnudamiento total, el afeitado de las cabezas, las vestiduras andrajosas, (Levi, 1987b, pág. 34).

La reiteración, producto de un orden preestablecido por las autoridades nazis, uniformiza el desastre.

Intentaré devolver a su estatuto de signos los actos repetitivos que se ejecutan durante la representación del "siniestro ritual" descrito por Levi, esos signos que quizá nos permitan reconstruir un proceso, el de la progresiva degradación del hombre en el universo concentracionario imaginado por los nazis, tanto la de los prisioneros que en espera de ser seleccionados viven aferrados a la más estricta satisfacción de las necesidades animales, como aquellos que a punto de morir en la cámara de gas responden instintivamente a los requerimientos de la vida desnuda, si utilizamos uno de los dos términos con que los griegos designaban a la vida, *zoe*, el hecho simple de vivir, común a todos los seres vivos, ya se trate de animales, de hombres y también de dioses, en contraposición a la palabra *bios*, la forma de vida propia de los individuos o grupos que viven en sociedad (Cf. Agamben, *Homo Sacer*). Quizá valga la pena incluir aquí unas palabras de Walter Benjamin, pueden leerse en el apartado titulado "Guantes" de su libro *Calle de un solo sentido*:

En la aversión que sentimos respecto a los animales, el sentimiento predominante es el miedo a sentirnos reconocidos por ellos a través del contacto. El horror arraigado en el hombre es la oscura conciencia de que dentro de él hay algo tan cercano al animal repugnante que éste podría muy bien reconocerlo... No puede negar su relación bestial con los animales, cuya sola invocación lo altera: debe por ello dominarlos (Benjamin, 1979, págs. 50-51).

Y no quedaron ni siquiera los cabellos

Los judíos perdieron sus oficios, sus empresas, sus ahorros y sus fondos, sus salarios, su derecho a la alimentación y al alojamiento, y para finalizar, sus últimas posesiones

personales, su ropa íntima, sus dientes de oro, y las mujeres, su cabellera. A este proceso lo llamo "la expropiación" (Hillberg, 1985, pág. 74, el subrayado es mío).

Me gustaría analizar esta contundente declaración de Raúl Hillberg. En principio, la comunidad judía destinada a la extinción era considerada como un conjunto compacto sin cabida para las diferencias sexuales. En este resumen de Hillberg un único dato indica lo contrario: se hace referencia indirecta al cuerpo femenino y por ello de alguna forma se alude a la sexualidad. A los judíos se les va despojando poco a poco de los atributos que hacen del hombre un ser social: el hombre, reitera Aristóteles es un *zoon politikon*, y dentro de esta categoría se incluye a la humanidad entera sin hacer ninguna distinción entre los sexos. Se trata de un mecanismo habitual, permite integrar lo sexual dentro de lo social, de manera total e inmediata, en cuanto se percibe en su dimensión fisiológica. Y sin embargo, las diferencias existen y son percibidas desde el cuerpo sexuado: ¿Por qué el hecho de perder la cabellera hace de las mujeres un contingente aparte dentro de ese conjunto humano destinado a la destrucción?, ¿en qué se diferencian las mujeres de los hombres, aun dentro de un campo de concentración, lugar establecido para borrar las diferencias?

Charlotte Delbo, miembro de la Resistencia francesa contra los nazis y una de las 49 sobrevivientes de un convoy de 230 prisioneras políticas no judías enviadas a Auschwitz, describe así la llegada al campo:

A medida que nos llamaban, nos desvestíamos, metíamos nuestra ropa en una valija que habíamos marcado con nuestro nombre. Una vez desnudas, entrábamos en una pieza donde una prisionera nos cortaba con tijeras los cabellos. El pelo corto, a ras del cráneo. Otra nos rasuraba el pubis. Una tercera nos embarraba la cabeza y el pubis con un trapo empapado en petróleo. La desinfección. Después la ducha: no había agua... Buscaba a mis amigas y no las reconocía. Desnuda y rasurada ninguna era la misma (Delbo, 1965, pág. 13).

Ninguna escena sobra en el documental *Sboab* de Claude Lanzmann. En esa escueta exposición, los testigos -casi siempre sobrevivientes, en ocasiones también los verdugos o los funcionarios de los verdugos- narran episodios inenarrables, si cabe aquí esta absurda paradoja. Y sin embargo, transgrediendo cualquier límite, está la historia de Abraham Bomba, un peluquero que vive en Israel y que sigue ejerciendo el oficio que ejercía en su pueblo natal en Polonia, Czestochowa, cortar los cabellos de sus parroquianos, y en Treblinka los de las mujeres que entraban a la cámara de gas. El diálogo es distante, impasible, casi monótono: "usted sabe, sentir algo allá... era difícil sentir cualquier cosa, imagínese, trabajar día y noche entre los muertos, los cadáveres, los sentimientos desaparecen, uno estaba muerto a los sentimientos, muerto totalmente." De repente, a mitad de la narración el recuerdo lo hace revivir, sentir de nuevo:

Voy a contarle algo:

Mientras ejercía mi oficio de peluquero en la cámara de gas, llegaron unas mujeres, en un transporte proveniente de mi ciudad natal, Czestochowa. Conocía a varias ¿Las conocía usted?

Sí, las conocía, yo vivía en la misma ciudad. Vivía en la misma calle. Algunas eran amigas cercanas. En cuanto me vieron se acercaron a mí: "Abe, ¿qué haces aquí? ¿Qué

van a hacernos?" ¿Qué podía decirles? ¿Qué podía decir? Uno de mis amigos estaba junto a mí, había sido también un buen peluquero en mi ciudad. Cuando su hermana y su mujer llegaron a la cámara de gas...

Continúe, por favor, Abe, es necesario.

Es demasiado terrible...

Se lo ruego, tenemos que hacerlo, lo sabe usted bien.

No puedo hacerlo...

Es necesario. Sé que es muy difícil, lo sé, perdóneme.

No prolongue por favor esto...

Se lo ruego, continúe.

Ya se lo dije, es muy duro. Ponían eso [los cabellos] en sacos y los enviaban a Alemania.

Y esta última frase, acota Lanzmann, fue susurrada en yiddish (Lanzmann, 1985, págs. 167-168).

El tatuaje

Otra historia es la del tatuaje, invento autóctono de Auschwitz, aunque haya muchos casos anteriores en la historia, en la que los hombres eran vistos como "piezas" o "cabezas", es decir, como cabezas de ganado, por ejemplo en la conquista de América. En *Los bandidos y los salvados*, Levy lo explica así:

A partir de los comienzos de 1942, en Auschwitz y los Lager que dependían de él (en 1944 eran alrededor de cuarenta), el número de matrícula no sólo se cosía en las ropas sino que se tatuaba en el antebrazo izquierdo. De esa norma sólo se exceptuaba a los prisioneros alemanes no judíos. La operación era llevada a cabo con metódica rapidez por "escribanos" especializados en la matriculación de los recién llegados, provenientes bien de la libertad, bien de otros campos y de los ghettos. De acuerdo con el típico talento alemán para las clasificaciones, pronto se convirtió en un verdadero código: los hombres debían ser tatuados en la parte externa del brazo y las mujeres en la interna; el número de los gitanos debía ser precedido por una Z, el de los judíos, a partir de mayo de 1944 (es decir, desde la llegada en masa de los judíos húngaros), tenía que ser precedido de una A, que poco después fue sustituida por una B. Hasta septiembre no hubo niños en Auschwitz; se los asfixiaba con gas a su llegada. Después de esa fecha empezaron a llegar familias enteras de polacos. La operación era poco dolorosa y no duraba más de un minuto, pero era traumática. Su significado simbólico estaba claro para todos: era un signo indeleble, no saldréis nunca de aquí. Es la marca que se imprime a los esclavos y a las bestias destinadas al matadero, y es en lo que os habéis convertido. Ya no tenéis nombre: éste es vuestro nombre. La violencia del tatuaje era gratuita, era un fin en sí misma, era un mero ultraje (Levi, 1987b, págs. 102-103).

El tatuaje no era de ningún modo una violencia gratuita y Primo Levi lo sabía muy bien, fue una forma de clasificación burocrática para dar cuenta por lo menos de dos datos administrativos que les son útiles tanto a verdugos como a víctimas: una temporalidad y una procedencia, cataloga a los prisioneros según la fecha de su llegada al campo y dentro del número cabe también una territorialidad y un lenguaje. Además, como lo advierte el mismo Levi, se trataba de un mensaje no verbal que al anonimizar al prisionero lo convertía en cifra de una entidad numérica,

una masa indiferenciada, y su número de clasificación permitía identificarlo, en último extremo, para la muerte o, si corría con suerte, para cumplir con trabajos calificados, como le sucedió al propio Levi. Además de convertirse en un simple expediente de archivo celosamente ordenado por los nazis, fanáticos del orden, el prisionero recibía un insulto de ninguna manera gratuito, más bien un desafío cuidadosamente preparado, una ofensa, sobre todo para los judíos ortodoxos quienes para diferenciarse de los "bárbaros", tenían prohibido el tatuaje (Levi, 1987b, pág.103). "El signo forma parte definitiva del conjunto que designa" (Foucault, 1968, pág. 65). El tatuaje es un signo distintivo y concreto de pertenencia a un pueblo que debe desaparecer dentro de un territorio específicamente designado para ese efecto. "El signo, vuelve a precisar Foucault, no espera silenciosamente la venida de quien puede reconocerlo, nunca se constituye sino por un acto de conocimiento (ob.cit., pág. 65)".

Como marca que se inscribe en el cuerpo, el significado del tatuaje no puede limitarse simplemente a una cifra numérica troquelada de manera indeleble en el cuerpo de los sobrevivientes; el tatuaje concreto, recién descrito, se inscribe en una más amplia operación simbólica, elaborada y perfeccionada desde que los nazis llegaron al poder, es decir durante los años de 1930 a 1945, operación que aunque con varios precedentes históricos, se convirtió en algo totalmente innovador en la historia europea: la sistemática eliminación de los judíos de Europa, concebida como una operación de limpieza, cuyos procedimientos fueron cada vez más refinados y dentro de los cuales se incluye, en una de sus etapas finales, el marcado indeleble de los cuerpos, ya antes profundamente demolidos por las sucesivas humillaciones:

Todo induce a pensar que, bajo el Tercer Reich, la mejor elección, la elección impuesta desde arriba, era la que llevaba consigo la mayor aflicción, la mayor carga de sufrimiento físico y moral. El "enemigo" no sólo debe morir sino morir en el tormento (Levi, 1987b, pág.104).

En Auschwitz -el paradigma del campo de exterminio- se afinan otros procedimientos y se alcanza el grado más refinado de la deshumanización, la producción en serie de hombres que han descendido al grado más abyecto de la condición humana, los llamados *musulmanes*, especímenes acabados de la vida al desnudo, la *zoe*, seres puramente vegetativos que apenas responden a las necesidades más primitivas.

Todos los musulmanes que terminan en la cámara de gases tienen la misma historia, o mejor dicho no tienen ninguna historia: han seguido la pendiente hasta el final, naturalmente, como el arroyo que se dirige al mar. Desde su llegada al campo, ya sea por incapacidad natural, por desgracia o después de un incidente banal, son destruidos antes de haberse podido adaptar. La velocidad de los acontecimientos los sobrepasa y cuando por fin comienzan a aprender el alemán y a diferenciar alguna cosa entre el infernal entrecruzamiento de leyes y de prohibiciones, su cuerpo ya está minado, y nada podrá ya salvarlos de la selección (eufemismo para indicar que han sido seleccionados para la exterminación por el gas) o de la muerte por debilidad. Su vida es corta, pero su número es infinito.

Son ellos, los musulmanes, los condenados, la médula del campo; ellos, la masa anónima, siempre renovada y siempre idéntica, no-hombres en quienes la divina chispa ha sido apagada, que caminan y penan en silencio, demasiado vacíos para

sufrir verdaderamente. Uno duda en llamarlos seres vivos, uno duda en llamarlos muertos, porque no se le puede llamar muerte a lo que no se le teme: están demasiado agotados para comprenderla (Levi, 1987a) [Traducción de la autora].

Se ha llegado a la última etapa de la destrucción de un ser humano, sólo falta determinar la forma de exterminarlos en las cámaras de gas y finalmente convertir sus cuerpos en ceniza en los crematorios, momento único en que sus cuerpos, antes encogidos, pueden ocupar por fin el espacio que necesitan. Una de las descripciones más terribles que existen en la historia del exterminio la proporciona Filip Müller en *Sboah*; Filip Müller, sobreviviente de cinco liquidaciones, formaba parte de los comandos especiales, los hombres que limpiaban de cadáveres las cámaras de gas y los preparaban para el crematorio:

La muerte por el gas duraba de diez a quince minutos. El momento más terrible era cuando se abría la cámara de gas, la visión era insostenible: la gente comprimida como si fuera de basalto, en bloques compactos de piedra. ¿Cómo se desplomaban fuera de las cámaras de gas? Lo ví varias veces, y era lo más duro de soportar, a eso no se acostumbra uno jamás. Era imposible. Sí, hay que imaginárselo: el gas comenzaba a actuar, se propagaba de abajo hacia arriba. Y en el terrible combate que se entablaba -pues era eso, un combate- la luz se cortaba en las cámaras de gas, estaba oscuro y no se veía nada, y los más fuertes querían subir, subir cada vez más alto. Quizá sentían que a medida que subían, menos les faltaba el aire, podían respirar mejor. Empezaba una batalla y al mismo tiempo todos se precipitaban hacia la puerta. Era psicológico, la puerta estaba allí y todos... se precipitaban hacia ella, para forzarla, era un instinto irreprimible en ese combate de la muerte. Y es por ello que los niños más débiles y los viejos se encontraban abajo y los más fuertes encima. En ese combate de la muerte el padre ya no sabía que su hijo estaba allí, debajo de él.

¿cuando abrían las puertas?

Caían como bloques de piedra, una avalancha de gruesos bloques precipitándose de un camión. Y donde salía el ziklón estaba vacío. Donde estaban los cristales no había nadie. Sí, un espacio vacío. Probablemente las víctimas sentían dónde actuaba más el gas. La gente estaba berida, pues en la oscuridad se producía una debacle, se debatían, peleaban.

Sucios, manchados, ensangrentados, les salía sangre de los oídos y la nariz... (Lanzmann, 1985, págs. 180-181).

La operación de limpieza se realizó siguiendo un plan preconcebido cuyos movimientos fueron calculados de antemano y ejecutados con rigor, elementos constitutivos de una codificación traducida en acciones reiteradas cuya finalidad era producir el tipo de hombre que previamente se había construido idealmente, es decir, lograr que el modelo preconcebido idealmente y el producto terminado fueran idénticos.

Es en la práctica cotidiana de los campos de concentración que el odio y el desprecio instilados por la propaganda nazi encuentran su plena realización. Allí no se trata simplemente de matar, sino de cumplir con una serie de minucias maníacas y simbólicas que pretenden probar que los judíos, los gitanos y los eslavos son sólo ganado, lodo, basura. Piénsese en la operación de tatuaje en Auschwitz, mediante la cual se marcaba a los hombres como bueyes, en el viaje dentro de vagones de ganado que no

se abrían jamás con el objeto de obligar a los deportados a permanecer varios días en medio de sus propios excrementos... al becho de que no se distribuyeran cucharas (mientras los depósitos del campo, como se comprobó después de la liberación, contenían toneladas de esos instrumentos), los prisioneros debían tomar su sopa como perros... (Levi, 1987a, pág. 209).

Ligada siempre a una actividad puramente vegetativa, repito, a la vida desnuda o estado más natural, como la de los animales, la *zoe*, cada una de las acciones infligidas a los prisioneros determina un comportamiento destinado a justificar la teoría. La operación podría tener éxito solamente si los judíos deportados habían sido previamente despojados de todos sus rasgos de identidad, sus profesiones, sus riquezas, su nacionalidad originaria. Su condición de apátridas propiciaba la creación de un lugar utópico que les serviría de residencia: en primer lugar, los guetos, más tarde, un lugar de residencia portátil, el tren que los conduce al territorio que se les ha asignado, el campo de concentración y/o el campo de exterminio: el tren es otro lugar de confinamiento como antes habían sido los guetos, allí se provoca el hacinamiento extremo, allí la gente pierde en breve lapso la conducta civilizada. Los transportados experimentan una de las más grandes violencias posibles, la de estar encogidos, encimados, privados de su espacio. En "Fuga de muerte" de Paul Celan, su primer poema escrito bajo ese seudónimo, el poeta habla en su lengua materna, el lenguaje que le enseñó su madre, a la vez el idioma de sus asesinos: "Leché negra del alba te bebemos de noche/ te bebemos de mañana y a mediodía te bebemos en la tarde bebemos y bebemos/ Un hombre vive en la casa y juega con las serpientes y escribe/ escribe cuando oscurece a Alemania tu pelo de oro Margarete/ tu pelo de ceniza Sulamita cavamos una tumba en los aires donde no estemos encogidos..." (Celan, 1998, pág. 37).

Como pueblo o como raza, los judíos sufren universalmente el proceso de despojo que los va destruyendo: viven juntos en los guetos, suben a los trenes en grupos familiares, los abuelos, los padres, los hijos, pero cuando llegan a la rampa del campo de exterminio, se ven obligados a separarse en dos grupos perfectamente diferenciados, el de las mujeres y el de los hombres, aunque los niños pequeños permanezcan estrechamente ligados a sus madres. La llegada al campo, el trayecto final, escinde el conjunto al dividir estrictamente a sus integrantes según su diferencia sexual, así están destinados a trabajar en los campos o a morir en los crematorios. Cuando son elegidos para permanecer en el campo, la manera de imponer el tatuaje es distinta, y no lo subraya Levi cuando explica: "los hombres debían ser tatuados en la parte externa del brazo y las mujeres en la interna?"

De inmediato, antes de proceder a destruirlos, los cuerpos son separados en dos grandes bandos, las mujeres a la izquierda, los hombres a la derecha. Efectuada la separación, el proceso de destrucción parece uniformizarse. En efecto, la desnudación, el trabajo forzado y las enfermedades aniquilan y desfiguran el cuerpo, trabajado de la misma manera en que se trabajan las vestimentas que han de cubrirlo, es decir el cuerpo se convierte literalmente en harapos. Me pregunto, sin embargo, si esta verificación es definitiva y absoluta. Existen evidencias que si se toman a la ligera, disimulan cuestiones que podrían desecharse por falta de análisis, por eso hay que revisar minuciosamente los testimonios de mujeres sobrevivientes de los campos de concentración, especialmente de Auschwitz.

Es posible afirmar, con todo, que muchas de las marcas sexuales que constituyen la diferencia se mantienen, aunque sea tenuemente, y es posible esbozar una diferente experiencia del cuerpo femenino en los campos de concentración y hasta en la antecámara de las cámaras de gas, dentro de esa uniformación a la que se le somete.

El gas Zyklon B no hacía ninguna diferencia entre las mujeres y los hombres, la misma muerte les esperaba a todos, aseveró Ruth Bondy, quien primero estuvo en el ghetto modelo llamado Terezín en Checoslovaquia (y en alemán conocido como Theresienstadt) Por eso empecé a escribir este texto con grandes reservas.

*¿Por qué ocuparme sólo de las mujeres? Cualquier división del Holocausto y sus víctimas de acuerdo con el género se me hacía ofensiva. El problema de género me parecía corresponder a otra época, a otra era. Pero no quise que la historia de las mujeres de Theresienstadt quedara fuera. Empecé la tarea en nombre de ellas y empecé a examinar de qué manera la vida de las mujeres en el ghetto difería de la de los hombres, y tratar de explicar la diferencia, si fuese posible. (Ofer y Weitzman, "Women in Theresienstadt and the Family Camp in Birkenau", en *Women in the Holocaust*, pág. 310).*

La desnudez

La muerte adquirió otro sentido después de los campos de concentración, "después de Auschwitz ya no pueden escribirse poemas", dijo el filósofo judío alemán Theodor Adorno. Auschwitz tecnificó la muerte, en los campos se hizo posible la fabricación en masa de cadáveres y se acuñó un vocabulario burocrático para referirse a la exterminación. ¿No decía Eichmann que no era culpable, que había obedecido solamente para proporcionar el transporte y propiciar la evacuación del material biológico que se le había encomendado? La ambigüedad que se tenía en Europa -o la que se pretende tener en los países desarrollados- alcanzó su paroxismo después de Auschwitz, ese parteaguas terrible de la historia. Vuelvo a citar a Giorgio Agamben quien lo dice mucho mejor que yo:

*Auschwitz constituye en esta perspectiva, el momento de una debacle histórica de esos procedimientos, la experiencia traumática donde la imposibilidad se introduce a la fuerza en lo real. Es la existencia de lo imposible, la negación más radical de la contingencia y por tanto la necesidad más absoluta... La definición de la política por Goebbels - "el arte de hacer posible lo imposible" cobra aquí todo su sentido. Define una experimentación biopolítica sobre los mecanismos del ser que transforma y desarticula al sujeto hasta llevarlo a su punto límite, es más lo despoja de tal forma que lo conduce de la subjetivación a la desubjetivación (Agamben, *Lo que queda de Auschwitz*, pág. 194).*

En la cámara de gases la desnudez es total, los que allí mueren, a veces 24.000 en un solo día, han sido despojados de sus ropas y de su dignidad ante la muerte. Es más, Auschwitz inaugura un nuevo concepto de la muerte.

¿Y en el campo de concentración? ¿La aniquilación tendrá allí qué ver con la desnudez? ¿De qué manera? ¿Qué significa la desnudez total? Se trata de una desnudez distinta, no consiste simplemente en quitarse la ropa, desvestirse y quedar

en cueros, se trata de la más estricta desnudez a la que un cuerpo humano se puede ver expuesto, la desnudez social y el borramiento de todas las convenciones sobre la intimidad que constituían el meollo de la vida privada. Una desnudez en donde el cuerpo no tiene nada que esconder y donde el crecimiento natural del pelo que cubre las partes pudendas es rasurado salvaje y sistemáticamente y el sexo se ofrece a la intemperie colectiva. Lydia Rosenfeld, una superviviente húngara, nos cuenta su experiencia al llegar a Auschwitz:

Entramos en un amplio salón en donde había varias mujeres que ejercían el oficio de barberos (reitero, no de peluqueras). Trabajando como en contra del tiempo nos cortaron con violencia el cabello y nos desnudaron totalmente el cuerpo. Sentí un choque cultural: nuestros cuerpos eran despojados de sus hojas de parra y expuestos a la mirada lasciva de los soldados alemanes. Mas fue sólo una sensación pasajera y angustiada, a los soldados no les importaba nada nuestra desnudez. Decidí no sentirme avergonzada, ni humillada, ni degradada, desfeminizada o deshumanizada. Simplemente los atravesé con la mirada. Fue un acto de desafío, pero nadie lo advirtió. (Lydia Rosenfeld Vago, "One Year in the Black Hole of our Planet Earth", pág. 275).

Es obvio que para estas mujeres lo humano se concibe como lo vinculado con el cuerpo y su intimidad. Una intimidad que se intenta preservar; perder la hoja de parra simbólica -tener rasurado el pubis- es obviamente perder la identidad y quizá en muchos casos hasta la virginidad. La supuesta mirada lasciva de los enemigos significaría que sus cuerpos eran todavía sexuados; verificar que por el contrario ese estado de absoluta desnudez es uno de los pasos esenciales en el trabajo de desintegración programada por los nazis, equivale a una inmediata desexuación, que Lydia Rosenfeld traduce como el inicio de la deshumanización, el frágil estatuto al que el cuerpo está sometido.

Es posible advertir que todavía como habitantes de los guetos, por ejemplo Terezín, aunque éste sea un ejemplo extremo por el carácter que le habían conferido los nazis y el maquillaje de humanidad que escondía sus intenciones, enviar más tarde a todos sus habitantes a Auschwitz para exterminarlos. En Terezín las mujeres trataban de comportarse y tener la apariencia de seres humanos comunes y corrientes como cuando vivían una vida normal en sus pueblos o en las ciudades. En los testimonios se reiteran sus esfuerzos por mantenerse limpias, por remendar sus vestidos, y hasta por confeccionar con las más diversas materias cosméticos para verse mejor. Ruth Bondy advierte que cuando los habitantes del gueto fueron trasladados a Auschwitz:

...en Birkenau, sólo un día después de su llegada, las diferencias entre los sexos ya eran sorprendentes. Los hombres con sombreros de alas mutiladas y pantalones o abrigos demasiado cortos, largos, anchos o demasiado pequeños, parecían tristes y negras cigüeñas. En menos de veinticuatro horas, las mujeres habían logrado ajustar a su medida la ropa que les había sido distribuida al azar y remendar los agujeros, utilizando como agujas astillas de madera y el hilo que arrancaban de la única sábana que les había tocado en suerte. (Bondy, pág. 323)

Testigos y testimonios

Reitero la pregunta: ¿por qué existe un mayor número de testimonios de hombres que de mujeres sobrevivientes? Las mujeres escribían mucho menos, es evidente, pero quizás el escaso número de supervivientes femeninas se deba también a que la mayoría fueron aniquiladas con sus pequeños, si atendemos a las palabras de Sarah Goldberg, nacida en Polonia en 1921, emigrada a Bélgica en 1930 y prisionera en Auschwitz desde 1943: "¿Por qué tan pocas mujeres regresaron? Casi todas las madres estaban con sus hijos" (Le passage, pág. 106). O la declaración del Doctor Mengele que Sara Nomborg-Przytyk transcribe: "No existe lugar para los judíos en el mundo, no sería humanitario enviar a un niño a los hornos sin permitirle a su madre que esté allí para ser testigo de la muerte de su hijo" (Goldenberg, pág. 328).

Esta afirmación podría examinarse por lo menos desde dos puntos de vista. El primero remitiría a la etimología de la palabra testigo que proviene del latín *testis*, y originariamente significa "quien se coloca como tercero entre dos partes" (*Terstis*) en un proceso o en un litigio", y en su modalidad de *superstes* designa a quien ha vivido un acontecimiento en su totalidad y puede testimoniar acerca de él (Cf. Agamben, *Lo que queda de Auschwitz*, págs. 17-18). Además a los testículos se les llaman testigos, y éste es uno de los argumentos que las academias de la lengua - por lo menos las de los países en donde se habla castellano- utilizan para no autorizar el femenino de esta palabra. Y si los *testículos*, como lo afirma Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana* (1611) "son los compañeros, y juntamente se llaman testigos", sólo los varones podrían testificar.

El segundo aspecto es puramente biológico. El hecho de que las mujeres sean las portadoras de la vida, de que "se empuñen" (de nuevo Covarrubias), les confiere una peligrosidad especial y muchas fuentes nos lo confirman desde la antigüedad o las violaciones masivas en la ex Yugoslavia a favor de la "limpieza étnica", donde la violación sistemática se constituye como un crimen contra la filiación: "violar y embarazar por la fuerza, dice Veronique Nahoum Grappe, es borrar el nacimiento en la matriz de las mujeres", ("Netoyage ethnique et génocide", en Catherine Coquio, pág. 277, Cf. también *Les femmes en deuil*, de Loraux). Los nazis decidieron aniquilar al pueblo judío en su totalidad, no bastaba con exterminar a los hombres, era necesario eliminar también a todas las mujeres encintas y a sus hijos, borrarlos de raíz.

Judith Isaacson, pasó solamente tres semanas en Auschwitz y luego fue trasladada a una fábrica de municiones en Lichtenau, Alemania. Mientras planeaba su evasión, su juventud y su belleza propician escarceos sexuales con otros obreros. Una Kapo alemana lo advierte:

Puedo leerlo en tu cara. Pero, lo único que te queda es soñar, puta de mierda. Después de la guerra te llevarán a una isla desierta. No habrá bombas ni siquiera nativos. ¿De qué servirá tu belleza entre las serpientes? ¿A poco crees que los americanos van a ganar la guerra? Esa será tu sentencia de muerte. Antes de que lleguen los americanos las aniquilaremos a todas, putas judías, así lo ha decretado nuestro Führer. Tu suerte está sellada: nada de bombas, nada de sexo. Guerra a muerte a la generación de Sara (Myrna Goldenberg, "Memoirs of Auschwitz..." en Ofer y Weitzman, ob. cit, pág. 334).

Las contradicciones de vida de los campos de trabajos forzados y en los guetos provocaban alteraciones en los ciclos biológicos de las mujeres: se detenía la menstruación, un alivio por razones higiénicas, pero al mismo tiempo las mujeres no podían saber si estaban encintas o no. Hay que recordar que las adolescentes, las mujeres mayores, las mujeres embarazadas y las que tenían hijos pequeños eran amigaladas de inmediato y que la mayoría de las habitantes de los campos estaban en edad reproductiva. Al principio, las mujeres que llegaban encintas a los campos, quizá sin saberlo, podían dar a luz; desde julio de 1943 se decretó el aborto obligatorio (Bondy, págs. 315-316). De 230 bebés nacidos en Terezin, sólo 25 sobrevivieron. Ruth Bondy nos da otro ejemplo:

Yo trabajaba en la sección de los niños cuidando a los que tenían entre cinco o seis años. Algunas madres vinieron a verme antes de la selección para pedirme consejo. ¿Qué podía yo hacer? Trataba de no darles una respuesta contundente. ¿Cómo puedo amigaladas de inmediato y que la mayoría de las habitantes de los campos estaban en edad reproductiva. Al principio, las mujeres que llegaban encintas a los campos, quizá sin saberlo, podían dar a luz; desde julio de 1943 se decretó el aborto obligatorio (Bondy, págs. 315-316). De 230 bebés nacidos en Terezin, sólo 25 sobrevivieron. Ruth Bondy nos da otro ejemplo:

La especie humana

Las posibilidades de supervivencia, es decir, de no deshumanizarse, de no convertirse en un ser puramente vegetativo, ejemplo de vida desnuda o zoe, en una palabra, la capacidad de no convertirse en un *muesselmann*, musulmán o musulmana, como se les llamaba en los campos (y dejó entre paréntesis y para más tarde el análisis de éste y otros por lo menos curiosos términos) era cubrirse el cuerpo, evitar la extrema desnudez en su sentido más literal. Los habitantes del campo de trabajos forzados tenían que aferrarse a objetos que en condiciones de vida más o menos normales hubieran podido considerarse como desechos, esos restos, esos desperdicios de la vida civilizada, los objetos que ahora son comunes en los campos de refugiados y en los países del Tercer Mundo. Incluyo aquí las precarias prendas que usualmente se le daban al prisionero, en realidad harapos en el sentido más estricto del término. En este proceso de deshumanización sistemático se puede prescindir de las metáforas, y, en efecto, así lo demuestra el trabajo poético de Paul Celan, quien en su discurso de Bremen habló del lenguaje posterior a Auschwitz, un lenguaje atravesado por lo inefable, "y lenguaje a pesar de todo" (Wohlfahrt, pág. 570); cuando Celan elabora el código poético del exterminio, su poesía sufre un proceso de desmetaforización (F. Turner, en Coquio, págs. 460-472).

A los hombres se les daban ropas dispares, inadecuadas, pero a las mujeres se les daban vestidos de cocktail y muchas veces zapatos dispares, un pie con tacón alto, el otro bajo, sandalias, zapatillas de baile, dos zapatos del mismo pie... Aquí lo anoto solamente para desarrollarlo más tarde. Los testimonios coinciden en este punto, tanto los masculinos (por ejemplo Primo Levi), como los femeninos, pero en el caso de las mujeres el problema de la vestimenta y en especial de los zapatos llega a extremos trágicos: Charlotte Delbo, prisionera política, en cierta medida y aunque parezca ironía, privilegiada, explica, describiendo su entrada al campo:

Una prisionera nos arrojaba una camisa, un calzón, una bufanda, un babero, medias o zapatos. Las camisas y los calzones estaban manchados de sangre, de pus, de diarrea. También los vestidos. Había liendres en las costuras... "Ahora, dijo una de mis amigas, vamos a recoger los zapatos. Trata de encontrar algunos que sean impermeables, no importa que sean grandes o pequeños. El calzado es lo más importante en el campo... salir sin zapatos cuando pasan lista significa la muerte" (Delbo, págs. 13-14).

Y con asombro aún visible, una sobreviviente judía belga comenta: "Me dieron un vestido largo de noche, ¿a quién pudo habersele ocurrido traerlo aquí?" (Rosenfeld, pág. 274).

Las mujeres fueron un objetivo importante dentro de la bien orquestada operación organizada por los nazis para limpiar de judíos a Europa, la llamada Solución Final. ¿No eran las madres de los hijos capaces de transmitir el virus judío en Europa? Al exterminarlas junto con ellos fueron destruidas como propagadoras de la especie, como seres biológicamente capaces de gestar, dar a luz y amamantar. En su libro *La especie humana*, escrito en 1947, Robert Antelme quiso comunicar su experiencia sobre el campo de concentración:

Decir que uno se sentía impugnado como hombre, como miembro de la especie, puede parecer un sentimiento retrospectivo, una explicación a posteriori. Sin embargo, fue eso exactamente lo que de inmediato y constantemente se sintió y se vivió, y eso era, exactamente, lo que ellos querían. Poner en duda la calidad de la vida humana provoca una reivindicación casi biológica de pertenencia a la especie humana. Permite luego meditar sobre los límites de esta especie, sobre su distancia con la "naturalaleza" y su relación con ella, es decir, sobre cierta soledad de la especie, y sobre todo, para concluir, permite evocar una clara visión de su unidad indivisible. (Wolfarth, citado por Coquío, ob. cit., págs. 591-592).

En este sentido, lo vuelvo a repetir, la exterminación del pueblo judío y de todos aquellos que vivieron la experiencia concentracionaria por razones puramente políticas - como en los casos de Antelme y de Delbo, miembros ambos no judíos de la Resistencia Francesa -, la vida humana sólo puede entenderse en su acepción más primitiva, en relación con la *zoe*, con la biopolítica, es decir la vida vivida en su dimensión esencialista más extrema, verificación de nuevo exenta de cualquier metaforización. En el campo de concentración la mujer es antes que nada un cuerpo que se intenta reducir a su pura esencia, la de lo biológico, la de su capacidad sexual reproductiva.





Bibliografía

- AGAMBEN, Giorgio, *Homo Sacer, Sovereign Power and Bare Life*, California, Stanford University Press, 1998.
- *Ce qui reste d'Auschwitz*, Paris, ed. Payot et Rivages, 1999.
- ANTELME, Raoul, *L'espèce humaine*, Paris, Gallimard, 1999.
- ARENDT, Hannah, *Eichmann à Jérusalem*, Paris, Gallimard, 1997.
- BENJAMIN, Walter, *One Way Street and other writings*, Londres, Verso, 1979.
- BONDY, Ruth, "Women in Theresienstadt and the Family Camp in Birkenau", en Ofer y Weitzman, ob. cit.
- CELAN, Paul, "Todesfugue", en *Sin perdón ni olvido*, Antología, México, UAM, 1998 (Traducción de José María Pérez Gay).
- COQUIO, Catherine, *Penser les camps, parler des génocides*, Paris, Albin Michel, 1999.
- DELBO, Charlotte, *Le convoi du 24 janvier*, Paris, Les éditions de Minuit, 1965.
- FOUCAULT, Michel, *Las palabras y las cosas*, México, Siglo XXI, 1968.
- GOLDENBERG, Myrna, "Memoirs of Auschwitz. Survivors", en Ofer y Weitzman, ob. cit.
- HILLBERG, Raul, *La destruction des Juifs d'Europe*, Paris, Gallimard, 1985, 2 vols.
- LANZMANN, Claude, *Sobibor*, Paris, Gallimard, 1985.
- LEVI, Primo, *Si c'est un homme*, Paris, Juillard, 1987a.
- *Los hundidos y los salvados*, Madrid, Muchnick, editores, 1987b.
- LORAU, Nicole, *Les expériences de Tirésias. Le féminin et l'homme grec*, Paris, Gallimard, 1989.
- *Les femmes en deuil*, Paris, Seuil, 1990.
- NAHOUM GRAPPE, Veronique, "Netoyage ethnique et génocide" en Catherine Coquio, ob. cit.
- OFER, Dalia y WEITZMAN Lenore J. (eds.), *Women in the Holocaust*, New Haven, Londres, Yale University Press, 1998.
- ROSENFELD VAGO, Lydia, "One Year in the Black Hole of our Planete Earth", en Ofer y Weitzman, ob. cit.
- ROZENBERG, Dominique, *Le passage du Témoin*, Bruselas, La lettre volée, Fondation Auschwitz, 1995 (tmoignages recueillis par D.R. y André Goldberg, photographies).
- TURNER, F. "Le code poétique de l'extermination", en Coquio, ob. cit.
- WOHLFARTH, I., "L'espèce humaine à l'épreuve des camps", en Coquio, ob. cit.